



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Mi madre decía que yo nací el segundo día de Feria de las Fiestas del Corpus Christi. Decía que andé muy pronto y que jugaba mucho en la Puerta de Arena, o sea, en la plaza de Bib-Rambla; plaza acosada por calles moras como la Alcaicería, el Zacatín o el Arco de las Cucharas, donde tuvieron una pastelería los tíos de la heroína de Granada, Mariana de Pineda. Heroína durante el absolutismo de Fernando VII. Conocí su casa en la calle del Aguila y el lugar donde le dieron garrote vil en la Plaza del Triunfo, cerca de la puerta mora del mismo nombre. Jugué en tierras de Víznar y echaba monedas en la Fuente Grande de aquel pueblo. Las echaba porque decían que traía buena suerte. Iba a los montes de Puerto Lobo, cerca de Víznar y pisaba aquellos montes donde hoy, además de Federico García Lorca, están enterrados insignes granadinos y pobres granadinos.

Ya de mayorcillo, me gustaba mucho pasear por el Paseo de los Tristes, faldero a la Alhambra y al río que da Oro, que se llamó después Darro. Al Paseo de los Tristes iban a meditar abogados, jueces y fiscales antes de solucionar un juicio en la Audiencia cercana al Paseo y, ¿cómo no?: hice las mismas peregrinaciones a la Fuente del Avellano, donde Angel Ganivet, con sus amigos, creaba todo un mundo que Miguel de Unamuno, su amigo, creía que era un mundo utópico, que en la actualidad no se ha resuelto todavía. Una pena, de verdad. Jugué también en el Barrio de los Greñuos, donde jugara Ganivet cuando salía de su molino y empezaba a vivir y a conocer. Conocimiento de una España que lo llevó a la locura y a la muerte, siendo Cónsul en Filandia.

Yo tocaba, como todos los muchachos, la campana de la Torre de la Vela, porque si sonaba bien, nos salía novia aquel año. ¡Lo que se veía y se ve desde aquella Torre!. Se ve Granada entera: la ciudad, la vega, el Sacromonte, el Albaicín



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

-el barrio más rebelde de los árabes- hoy, todo él, con casas como palomas que quieren echarse a volar saliendo de sus huertos y sus jardines. Allí estaba el Carmen -palabra que, como se sabe, en árabe significaba "jardín cerrado"- de Paquito García Carrillo, el hermano de doña Rosita la soltera. Tenía Paquito, en su salón, nueve pianos de unos siglos y otros y, en el piano de cola, tocaba, a sus invitados, la música de Manuel de Falla; aquel músico que se hincaba de rodillas antes de empezar a componer. También vivía en otro carmen que se conserva hoy como una reliquia. A Falla lo veían bajar, en los amaneceres, por las cuestas cercanas a su carmen, embozado en una capa española, como una especie de loco, porque quería componer, porque la música lo encarcelaba.

Tanto sé y tanto ví de esa Granada mía que ya sólo lo quiero recordarla y no vivir en ella, sin embargo, esa Granada mezcla de cristianos, moros y judíos, senequista cien por cien, con las mayores bellezas de todas las artes mejores de las civilizaciones moras, cristianas y judías, está en mí, encarcelándome también. Decía don Emilio García Gómez que "el mal de Granada" era ese: que aquel que la ve y la vive, queda encarcelado para siempre en ella. Por eso yo quise irme a vivir muy cerquita de mi ciudad: me fuía a vivir al Monte de los Almendros, monte del pueblo de Salobreña, pueblo costero de Granada, quizá único en el mundo por muchas razones, entre ellas, porque en su castillo moro encarcelaban a la nobleza árabe que cometía delitos de amor o conspiración. Ellos veían, lo que yo veo: por una parte la nieve de la Sierra y, por otra, las aguas del Mediterráneo. Esta casi unión de Sierra y mar es única en el mundo. Allí nado, sueño, vivo, escribo mis obras y, siempre que puedo ir a mi casita, me gustaría besar la tierra que la rodea. ¡Ay, la de cosas que podría decir de esa ciudad que ví y sólo hoy la veo llena de recuerdos!.

Jose Martín Recuerdos

68